

# ¿Quién es Jesús?

## (Marcos 1.40—2.12)

### Joe Schubert

¿Es Jesús realmente el Hijo de Dios? Marcos 1.40—2.12 presenta un vívido retrato de Jesús. Se le representa como el Compasivo y Todopoderoso Hijo de Dios.

En este tramo se narran tres episodios que brindan la oportunidad de encarar la pregunta que dice: «¿Quién es Jesús?». La sanidad de un leproso y la de un parálítico hacen ver la compasión y el poder de Jesús; la concesión de perdón inmediato recalca la deidad de Cristo. Aprendamos la lección que enseñan estos tres eventos.

#### I. LA SANIDAD DEL LEPROSO (1.40—45)

A ninguna otra enfermedad se le refiere en la Biblia con mayor horror por un lado, y con mayor compasión por el otro, que a la lepra. E. W. G. Masterman, en su *Dictionary of Christ and the Gospels* (*Diccionario de Cristo y los evangelios*), dice: «Ninguna otra enfermedad reduce al ser humano por tantos años a tan espantosa ruina». El leproso no sólo tenía que soportar el dolor del padecimiento en su cuerpo, sino también la angustia mental que le producía el estar marginado de toda compañía humana. La ley de Moisés exigía que el leproso viviera fuera del campamento de Israel. Debía vestir harapos, mantener su cabeza al descubierto y tener una cubierta sobre su labio superior. Cuando se dirigía de un lugar a otro, tenía que advertir a todo el mundo de su contaminante presencia, clamando: «¡Inmundo! ¡Inmundo!».

Uno de los retratos más reveladores de Jesús, que se encuentran en el evangelio de Marcos, es el relato del momento en que Él sanó a un leproso, según se narra en Marcos 1. Esto es lo que dice el relato a partir del versículo 40:

Vino a él un leproso, rogándole; e hincada la rodilla, le dijo: Si quieres, puedes limpiarme. Y Jesús, teniendo misericordia de él, extendió la mano y le tocó, y le dijo: Quiero, sé limpio. Y así

que él hubo hablado, al instante la lepra se fue de aquél, y quedó limpio (vers.<sup>os</sup> 40–42).

La primera verdad que nos llama la atención, es que Jesús no ahuyentó al leproso. Este leproso no tenía derecho de acercarse a Jesús. Pero Jesús respondió a la desesperación de la necesidad humana con la compasión de uno que comprende. Marcos dice que Jesús extendió la mano y le tocó. Este milagro es recogido por Mateo, Marcos y Lucas; sin embargo, Marcos es el único que agrega que Jesús extendió la mano y tocó al leproso. Es algo muy especial lo que se transmite por el acto de tocar. Jesús vio a un ser humano que tenía una urgente necesidad y le extendió la mano.

Jesús no podía haber sido atraído por este hombre naturalmente. La presencia de éste debió de haber proyectado, sin duda alguna, una imagen digna de lamento y de lástima. El Dr. William Barclay describió en su comentario a un leproso, con las siguientes palabras:

Toda la apariencia de su rostro sufre una alteración tal, que el enfermo pierde la semejanza humana y llega a parecerse, como decían los antiguos, a un león o a un sátiro. Los nódulos aumentan cada vez más de tamaño; se llegan a ulcerar y de ellos mana una asquerosa supuración. Las cejas se le desprenden; los ojos se le vuelven saltones; las cuerdas vocales se le ulceran, y la voz se le enronquece, y la respiración se le vuelve ruidosa... Inevitablemente se le ulceran las manos y los pies. El enfermo se convierte gradualmente en una masa de tumores ulcerados. El período promedio de duración de la enfermedad es de nueve años, y termina en deterioro mental, hace entrar en coma y por último produce la muerte. El enfermo llega a ser totalmente repugnante tanto para sí mismo como para los demás (*The Gospel of Mark*, p. 36 [*El evangelio de Marcos*, pág. 36]).

Esta es la clase de hombre que vino a Jesús pidiendo ser sanado. Vino a Jesús atreviéndose a asociarse con compañía humana, atreviéndose a acercarse a Jesús de Nazaret, hincando la rodilla delante de Él, y suplicándole: «Señor, si quieres, puedes limpiarme». La Biblia dice que el corazón de Jesús tuvo misericordia. Extendió la mano y amorosamente le tocó, y en ese instante la lepra desapareció. La carne de este pobre hombre fue sana otra vez. Este es un hermoso suceso que ilustra el poder y la compasión de nuestro Señor.

Marcos pasa inmediatamente a revelar el propósito para el cual Dios planeó este suceso, y el propósito que Jesús mismo vio en él. Así dice el relato en los versículos 43 y 44:

Entonces le encargó rigurosamente, y le despidió luego, y le dijo: Mira, no digas a nadie nada, sino ve, muéstrate al sacerdote, y ofrece por tu purificación lo que Moisés mandó, para testimonio a ellos.

En la RSV se traduce poco acertadamente esta última frase. Dice: «para prueba al pueblo»; pero el griego en realidad dice: «para testimonio a ellos», es decir: «para testimonio a los sacerdotes». Jesús le dijo al leproso que fue limpio: «Ve, muéstrate a los sacerdotes, y ofrece sacrificios por tu purificación, no para prueba al pueblo en general, sino para testimonio a los mismos sacerdotes». Este fue el propósito primordial para el cual pensó Jesús que este milagro en particular fue concebido. Los sacerdotes se iban a quedar asombrados cuando este hombre, al que conocían como leproso, se les presentara y les pidiera los sacrificios que Moisés estipuló en Levítico que un leproso sanado debía ofrecer. Debieron de haber acudido a las bibliotecas a tratar de refrescarse la memoria en cuanto a la clase de sacrificios que debían ofrecerse cuando un leproso era sanado, pues ya habían transcurrido varios siglos desde que algo así había ocurrido. La última vez que un leproso había sido sanado fue en la época de Eliseo; y no se trató de un leproso judío, sino de uno gentil: Naamán, el capitán del ejército de Siria. Los judíos debieron de haberse puesto muy inquietos, al decir: «Nunca, en toda nuestra vida, se nos ha pedido que ofrezcamos sacrificio por la sanidad de un leproso. ¿Qué cosa tan extraña estará sucediendo?».

Cuando Jesús dijo: «Mira, no digas a nadie nada», Él no quiso dar a entender que nunca podría decirle a nadie acerca de ello. Lo que a Jesús le interesaba, era que antes de decirle a alguien acerca de ello, él fuera al templo y recibiera la aceptación oficial de los sacerdotes que darían validez al hecho

de que este leproso estaba verdaderamente sano, limpio y saludable otra vez. Deseaba que primero fuera un testimonio a los sacerdotes, y que después de éstos lo fuera al pueblo. Pero el hombre no pudo esperar, y llevado por su entusiasmo comenzó a proclamar a voz en grito lo que le sucedió. El resultado fue, según lo narra Marcos, que «ya Jesús no podía entrar abiertamente en la ciudad, sino que se quedaba en los lugares desiertos; [...]».

## II. LA SANIDAD DEL PARALÍTICO (2.1-5)

Del anterior episodio, Marcos pasa a otra extraordinaria sanidad: la sanidad del paralítico. Así dice en los primeros versículos del capítulo dos:

Entró Jesús otra vez en Capernaum después de algunos días; y se oyó que estaba en casa. E inmediatamente se juntaron muchos, de manera que ya no cabían ni aun a la puerta; y les predicaba la palabra. Entonces vinieron a él unos trayendo un paralítico, que era cargado por cuatro. Y como no podían acercarse a él a causa de la multitud, descubrieron el techo de donde estaba, y haciendo una abertura, bajaron el lecho en que yacía el paralítico. Al ver Jesús la fe de ellos, dijo al paralítico: Hijo, tus pecados te son perdonados (vers.<sup>os</sup> 1-5).

La verdad manifiesta que salta a la vista en este pasaje, es la fe de estos hombres, la determinación de la fe de ellos. El ejemplo de ellos constituye una fuente de ánimo para nosotros, ánimo para cultivar en nuestras vidas la misma clase de fe que caracterizó a estos cinco hombres.

Es importante, al tratar de entender este relato, observar que no era a un servicio de sanidad al cual estos hombres venían. Marcos tiene el cuidado de decirnos que Jesús estaba predicando la Palabra, no llevando a cabo un servicio de sanidad. Estaba predicando dentro de una casa, no abiertamente en una calle pública. Jesús estaba evitando estar en las calles, porque la gente había convertido éstas en una campaña de sanidad. En todo lugar al que iba, la gente le suplicaba que sanara a los enfermos y echara fuera demonios. De modo que a Jesús se le dificultaba cumplir el propósito primordial para el cual había venido: predicar la Palabra. Por lo tanto, en esta ocasión se aisló en una casa, y la habitación estaba atestada de gente. No había más espacio, ni siquiera a la entrada. No obstante, estos cinco hombres —el paralítico y los cuatro que lo trajeron— estaban resueltos a llegar hasta Jesús. El Señor usó este suceso para decirnos que Dios siempre está pendiente de las necesidades de los Suyos, sean éstas espirituales, materiales o emocionales. Si lo desean con suficiente intensidad,

Dios responderá, aunque ello no sea parte del programa. Con esto es que tiene que ver la fe.

Son tres extraordinarios y hermosos aspectos los que se observan en la fe de estos hombres. El primero es que *estos hombres se atrevieron a hacer lo difícil*. No era una tarea nada fácil llevarle en cuerpo este paralítico al Señor. Y esto, que no estamos hablando de la distancia que estos cuatro hombres habrían tenido que recorrer cargando a este paralítico por la ciudad. ¿De dónde habrían partido? No lo sabemos. Pero no hay duda de que lo cargaron varias cuerdas, bajando y subiendo muchas calles, hasta llegar a la casa donde estaba Jesús. Luego, al llegar a la casa y encontrar la entrada bloqueada, estos cuatro hombres tuvieron que subir a este hombre de tamaño adulto en su lecho, por unas escaleras externas que llevaban al techo de esta casa típica palestina de techo plano. No sabemos cuánto pesaba el hombre; sin embargo, no es fácil subir a un hombre ya adulto por un tramo de escaleras angostas. Sin embargo, estos hombres consiguieron hacer esta difícil tarea. Se atrevieron, por su fe, a hacer lo difícil.

El segundo aspecto es que *se atrevieron a hacer lo poco convencional*. No les limitó el hecho de que despedazar un techo no era algo que en modo alguno se acostumbrara hacer. Cuando hallaron la entrada bloqueada, buscaron otra manera de entrar. ¿Sabe usted lo que hubiéramos hecho nosotros? Nos hubiéramos detenido a la puerta y hubiéramos dicho: «Bueno, no puedo entrar. Sentémonos y nombremos un comité que se encargue de investigar maneras que podamos usar para hacer llegar a este hombre al Señor». Hubiéramos tomado un receso de estudio de unas tres semanas para descubrir la mejor manera de lograr nuestro objetivo. Estos hombres hicieron solamente lo necesario. Se arriesgaron a recibir no sólo la desaprobación del dueño de la casa, sino también la de los que estaban en aquella asamblea. Jesús no los reprendió. No les criticó su interrupción. Ni por un momento. En ninguno de los evangelios dice que le pusiera nervioso, ni que le afectara, ni que le angustiara, ni que Él criticara la interrupción de alguien que se empeñara en llegar a Él a como hubiera lugar.

El tercer aspecto extraordinario acerca de este suceso, es que *estos hombres se atrevieron a hacer lo costoso*. Alguien iba a tener que pagar aquel techo. Uno no le despedaza el techo a un hombre para después marcharse a su casa impunemente.

Imagínese la cara que debió de haber puesto el dueño de esta casa, cuando estando sentado a los pies de Jesús, escuchando a Éste enseñar, de repente

percibió que del techo provenía un ruido anormal. Se volvió, alzó la vista y vio que algunas de las tejas planas se comenzaron a mover. Luego, una enorme brecha apareció ante sus ojos y cinco rostros lo miraron desde aquel hoyo. No sé en qué pudo haber pensado. Puede que se haya puesto a preguntarse si el seguro de su propiedad le iba a cubrir este daño. Puede que se haya puesto a calcular mentalmente los daños, para después poder pasarles la factura a los hombres que recién le habían abierto un hoyo en su tejado. Alguien iba a tener que pagar esta factura, y sospecho que iba a ser uno o todos los hombres que llevaron a su amigo paralítico a Jesús. Se atrevieron a hacer lo costoso. Eso es fe. Se decidieron a actuar sabiendo que les iba a costar.

### III. EL ENFRENTAMIENTO CON LOS ESCRIBAS (2.6-12)

Marcos ha hecho énfasis en todo lo anterior con el fin de avanzar a la segunda parte del pasaje, que se centra en la protesta de los escribas y maestros de la ley judíos, a quienes no les gustaba lo que estaba ocurriendo. Es aquí donde llegamos a la parte medular del relato. Jesús le acababa de decir al paralítico: «Hijo, tus pecados te son perdonados». Continúa contando el relato:

Estaban allí sentados algunos de los escribas, los cuales cavilaban en sus corazones: ¿Por qué habla éste así? Blasfemias dice. ¿Quién puede perdonar pecados, sino sólo Dios? Y conociendo luego Jesús en su espíritu que cavilaban de esta manera dentro de sí mismos, les dijo: ¿Por qué caviláis así en vuestros corazones? ¿Qué es más fácil, decir al paralítico: Tus pecados te son perdonados, o decirle: Levántate, toma tu lecho y anda? Pues para que sepáis que el Hijo del Hombre tiene potestad en la tierra para perdonar pecados (dijo al paralítico): A ti te digo: Levántate, toma tu lecho, y vete a tu casa. Entonces él se levantó en seguida, y tomando su lecho, salió delante de todos, de manera que todos se asombraron, y glorificaron a Dios, diciendo: Nunca hemos visto tal cosa (vers.<sup>os</sup> 6-12).

Todo lo anterior constituía un descomunal problema para los maestros de la ley judíos que habían observado todos estos sucesos. Note los términos en que Marcos lo expresa. Dice que los maestros de la ley, o escribas, estaban sentados allí a la vez que «cavilaban en sus corazones». No era que le estuvieran hablando a alguien acerca de ello. Jesús, conociendo lo que estaban pensando, se dirigió a ellos y les dijo: «¿Por qué caviláis así en vuestros corazones?». Imagínese la gran sorpresa que se llevaron los maestros de la ley, los escribas,

cuando Jesús se dirigió a ellos y les reveló que Él sabía lo que estaban pensando. El Señor tenía como propósito obligarlos a tomar una decisión allí mismo acerca de quién era Él. Su primer paso en dirección a tal clase de enfrentamiento, fue decirle al parálítico: «Hijo, tus pecados te son perdonados».

Las condiciones del perdón bajo la ley de Moisés estaban todavía vigentes en esta época de la vida de Jesús. El dirigirse a este hombre y decirle: «Hijo, tus pecados te son perdonados», constituía para Él una audaz afirmación de Su autoridad. Tiene mucho que decir el hecho de que sólo hubo tres ocasiones en las que Jesús perdonó pecados directamente. Esta fue una de ellas, y Lucas nos habla acerca de las otras dos: Cuando la mujer pecadora le ungió Sus pies con sus lágrimas, y cuando Él le dijo al malhechor arrepentido: «Hoy estarás conmigo en el paraíso». Era raro que Jesús otorgara perdón directo e inmediato. No hay duda de que en esta ocasión lo hizo para atraer la atención a la cuestión, y para preparar a Su audiencia para la demostración que estaba a punto de darse. La reacción de los maestros de la ley fue cuestionar la autoridad de Jesús para otorgar perdón. Objetaron, diciendo: «Dios es el único que puede perdonar pecados». ¡Por supuesto que tenían razón! Estaban totalmente en lo correcto, pero lo estaban por motivos incorrectos. Si tan sólo hubieran dicho: «Si sólo Dios puede perdonar pecados, ¿podrá este hombre, por lo tanto, ser Dios?», hubieran tenido los motivos correctos. Cuán diferente habrían sido el resto del relato y la era judía, si ellos hubieran tenido los motivos correctos para preguntar.

Jesús les propuso una prueba en el versículo nueve. Les dijo: «¿Qué es más fácil, decir al parálítico: Tus pecados te son perdonados, o decirle: Levántate, toma tu lecho y anda?».

¿Qué estaba diciendo Jesús en realidad? Estaba claro cuál de las dos opciones era la más fácil. Cualquier charlatán o vividor de la religión, podría dirigirse a una persona y decirle: «Tus pecados te son perdonados». No habría manera humana de probar que tal cosa hubiese sucedido o no. ¿Cómo prueba uno que los pecados de un hombre han sido perdonados o no? Es fácil decirlo; es difícil probarlo. Pero cuando una persona se dirige a otra que es parálítica, y le dice: «Levántate, toma tu lecho y anda», aquellas palabras son comprobadas allí mismo. Si el parálítico toma su lecho y anda, tales palabras tuvieron poder; pero si no toma su lecho ni anda, el que dijo las palabras es un impostor. Lo que Jesús dijo, en esencia, fue: «Es mucho más fácil para mí decir, como cualquier vividor de la religión diría: “Tus pecados te son perdonados”, pero si

digo: “Toma tu lecho y anda”, ¿qué es más fácil?». Ellos sabían qué era más fácil. Jesús les estaba diciendo a estos hombres: «En vista de que ustedes ponen en duda mi capacidad para perdonar pecados, voy entonces a demostrarles que no sólo tengo la potestad de perdonar pecados, sino también la de sanar. Voy a ordenarle a este hombre que tome su lecho y se vaya a su casa. Si el poder de Dios le capacita para hacer eso cuando yo lo ordene, entonces ustedes conocerán que el Padre y Yo somos uno, y que mi potestad para ordenar que se haga tal milagro, también prueba mi potestad para perdonar pecados». El relato termina en Marcos con el versículo 12: «Entonces él se levantó en seguida, y tomando su lecho, salió delante de todos, de manera que todos se asombraron, y glorificaron a Dios, diciendo: Nunca hemos visto tal cosa».

## CONCLUSIÓN

Todo el mensaje del evangelio es que Jesucristo otorga el perdón de los pecados a hombres y a mujeres que están sometidos al poder del pecado en sus vidas. El hecho de que el perdón de pecados se dé por medio de Jesucristo, y solamente por medio de Él, es, y fue, la cuestión clave que separó al cristianismo del judaísmo. Fue la cuestión en el siglo I, y lo es hoy día. La diferencia fundamental que tenemos con nuestros amigos judíos, es el hecho de que nosotros creemos que el perdón de pecados se da solamente por medio de Jesucristo. Esta es la cuestión crítica, clave y fundamental que separa a estas dos grandes religiones vivientes.

El propósito que Jesús deseaba cumplir por medio de los sucesos de Marcos 2, era abordar esta cuestión directamente, para que la gente de Su época —los dirigentes, los sacerdotes y los maestros de la ley judíos— conocieran y no les quedara duda alguna de que un hombre que podía ordenar a un parálítico tomar su lecho y andar, también era un hombre que, por el poder de Dios, podía perdonar los pecados de uno.

En Jesús vemos claramente demostrada la actitud de Dios para con los hombres, y es una actitud opuesta a la que la mayoría de los hombres se han imaginado que Dios tendría para con ellos. No es una actitud de justicia severa, rígida y austera, como la visión de Dios que presentó Johnnatan Edwards en un famoso sermón de una época pasada, y que llevaba por título: «Pecadores en las manos de un Dios airado». Martín Lutero recuerda que siendo niño, se sentaba temblando en los servicios de su propia iglesia cuando era católico, y miraba las ventanas de vidrio de colores que mostraban imágenes de pecadores, a los cuales

Dios mantenía suspendidos sobre las llamas del infierno. Esto hizo que años más tarde se estremeciera y rehuyera ante esa visión de Dios. Esa no es la visión de Dios Todopoderoso que se presenta en las Escrituras. La actitud de Dios es de perfecto amor que siempre está ansioso de perdonar. Esta es la razón por la que Pablo, al escribirles a los Tesalonicenses, habla de Dios como el que «nos amó y nos dio consolación eterna y buena esperanza por gracia». El apóstol Juan agrega, en 1<sup>era</sup> Juan 4.10: «En esto consiste el amor: no en que nosotros hayamos amado a

Dios, sino en que él nos amó a nosotros, y envió a su Hijo en propiciación por nuestros pecados». Amamos porque Él nos amó primero. Es el muy antiguo mensaje que el texto de oro de la Biblia, Juan 3.16, nos da: «Porque de tal manera amó Dios al mundo, que ha dado a su Hijo unigénito, para que todo aquel que en él cree, no se pierda, mas tenga vida eterna».

La verdad más importante en su vida, es que Dios le ama a usted, desea perdonarle y desea que usted viva con Él para siempre en la eternidad.

©Copyright 2002, 2006 por La Verdad para Hoy  
TODOS LOS DERECHOS RESERVADOS